

ESTUDIOS ETNOGRAFICOS

Los primitivos habitantes de Canarias

LA RELIGIÓN

De lo ya expuesto en artículos anteriores, se llega a la deducción de que las religiones de los pueblos primitivos, así como también sus organizaciones sociales y políticas, concuerdan en sus rasgos generales, no siendo otra cosa sino diversas fases de un proceso evolutivo; tienen un mismo origen y pasan por etapas semejantes, si no son idénticas (1).

No han participado de esa opinión los historiadores de nuestro archipiélago, pues han revestido a los aborígenes de estas islas de unas virtudes y cualidades al parecer únicas, exaltándolos hasta un grado inconcebible, exaltación que aumentada más y más por los poetas, escritores, y hasta por la misma Prensa, ha formado un estado de opinión completamente equivocado de la raza autóctona.

Así, pues, no son de extrañar las siguientes palabras del P. Espinosa, primer cronista de Canarias: "Los naturales de esta isla (Tenerife), no exceptuando a los de las otras, pues todos creo que tuvieron un mismo principio y origen, fueron gentiles incontaminados, sin ritos, ceremonias, sacrificios, ni adoración en dioses ficticios, ni trato ni conversación con demonios como otras naciones..." (Op. cit. lib. I, cap. X. pág. 17).

(1) Hoy se admite como verdad demostrada que el hombre fué en su principio un simple salvaje, y que el curso de la historia ha sido en general, un progreso hacia la civilización. Sin embargo, en oposición a esa verdad, autores eminentes tales como el doctor Whately en su "Political Economy" opina que el hombre fué desde un principio, casi lo que es hoy, y con cualidades intelectuales na da inferiores a las nuestras, no siendo los salvajes actuales otra cosa que descendientes degenerados de antepasados muy superiores. Esa teoría ha sido desechada del todo.

El poeta Viana concuerda con el autor citado: "Idolos no creyeron ni adoraran—ni respetaron a los falsos dioses—con ritos y viciosas ceremonias—, mas antes con amor puro y benévolo—en una causa todos concurrían—, creyendo "en un Dios solo..." (Canto I. pág. 21-22, ed. 1854). De manera análoga se producen Núñez de la Peña y el P. José de Sosa, que han escrito muchas páginas dedicadas a refutar la idolatría de los guanches y los canarios.

Abreu Galindo es el único que nos dá cuenta minuciosa de las prácticas religiosas de nuestros aborígenes con una imparcialidad digna de tenerse en cuenta dado su estado eclesiástico; Marín y Cubas tuvo a su disposición fuentes hoy perdidas y de un valor histórico inapreciable, que dan mucha luz acerca de las teogonías primitivas del archipiélago; por último, Viera y Clavijo hace un resumen de todos los cronistas, pero no saca consecuencia alguna de ese estudio (2).

Hasta hace poco se clasificaban las religiones por el objeto adorado, pero lo más natural es estudiarlas en relación con el concepto en que se ha tenido a la divinidad, ya que las grandes etapas del pensamiento religioso pueden determinarse en armonía con el desarrollo intelectual de los pueblos.

Así, pues, la primera fase la constituyó el ateísmo, no por lo negación de la existencia de la divinidad, sino por falta de ideas en el hombre para concebirla; a este grado de inconsciencia le sigue el fetichismo, fase en que el hombre cree que puede obligar a las deidades a que cumplan sus deseos; luego aparece el culto a la naturaleza, o totemismo, adoración de árboles, lagos, ríos, piedras, montañas, animales, astros, etc.; después surge la idolatría o antropomorfismo, en que los dioses son más poderosos que el hombre, pero formando aun parte de la naturaleza; en la última fase, la divinidad es autora de la naturaleza y no es una parte de ésta, convirtiéndose en un ser sobrenatural.

Es muy difícil, por no decir imposible, establecer una separación en este proceso religioso, y casi siempre se encuentran mezclados. Cuando el hombre se eleva, ya por natural progreso, ya por influjo de un pueblo más civilizado, a una concepción superior religiosa, conserva todavía sus antiguas creencias, que persisten largo tiempo al lado y aun en completa oposición con esas concepciones superiores. El nuevo y más poderoso elemento espiritual viene a engrosar la teogonía de aquella sociedad, y disminuye la importancia de las añejas divinidades, cuyo culto declina gradualmente, quedando circunscrito a la masa de población más retrasada, como se puede comprobar hasta hoy día.

(2) He aquí lo que dice el autor de las "Noticias": "Tanto los que afirman que todos los habitantes de las Canarias eran idólatras, como los que pretendieron limpiarlos absolutamente de ese borrón, se engañaron groseramente; pues solo se puede decir que eran deístas, o que tuvieron una idea oscura de un ente todopoderoso y eterno, a quien deben su existencia las criaturas: pero sin más nociones de la inmortalidad del alma, ni más ideas de otra vida que la presente..." (Lib. I. pág. 165). Esta explicación de Viera es muy vaga y no aclara el sistema religioso de nuestros aborígenes.

EL CULTO AL SOL

Siguiendo la pauta indicada anteriormente, haremos notar que nada hallamos en nuestros cronistas que justifique una fase atea entre nuestros aborígenes, y esto demuestra que al tiempo de la conquista ya habían adquirido un estado de conciencia religioso. Practicaban el culto a la naturaleza, mezclado con el fetichismo, según hemos visto, pues en las prolongadas sequías ofrecían dones a las montañas para que lloviera. También recordaremos el culto a la piedra y al pilar o columna estudiados en artículos anteriores.

Dentro esa evolución religiosa se encuentra el sabeísmo, o adoración de los astros. Oigamos al caballero veneciano Alvisio de Cadamosto, que visitó nuestro archipiélago en 1454, lo que dice de nuestros aborígenes en su libro y capítulo referente a estas islas, titulado "De lle sette isole delle Canarie e delli loro costumi", parte 3.^a, lib. II. página 66:

"Los habitantes de Tenerife son idólatras, y adoran al Sol, la Luna, las estrellas, y varios y diferentes objetos..." (3) Viera y Clavijo, comentando el párrafo anterior, varía su significado, diciendo: "En esta isla (Tenerife) "no se contaban menos de "nueve" especies de idolatría, pues unos adoraban al Sol, otros a la Luna, otros a las Estrellas, etc." (pág. 166). Tal como se expresa el autor de las "Noticias" parece que cada uno de esos ritos correspondía a una de las nueve tribus en que estaba dividida la isla, lo que en verdad no se desprende del relato.

Muñoz de la Peña confirma el aserto del caballero veneciano: "Cuando juraban, su juramento era por el Sol, a quien llamaban "Magec", y tenían por falso y de ninguna confianza al que mentía en el juramento o lo quebrantaba." También en Gran-Canaria, le daban el mismo nombre que en Tenerife: "...adoraban al Sol, llamándole "Magec", y creían que su espíritu provenía de aquel astro, así daban el nombre de "Magios" a las almas, ohijas del Sol..." Marín y Cubas. "Magec" tiene cierta relación con el nombre "Hari-maguada", sacerdotisa de Gran-Canaria, al culto solar, y el de "Magios", con el epíteto de "magos" que hasta hoy se les dá a nuestros campesinos en un tono burlesco.

El P. Espinosa nos dice que los naturales de Tenerife le daban a Dios los nombres de Achuhurahan, Achahucanac, Achguayaxerax, Achaman. Núñez de la Peña agrega a esas denominaciones algunas otras, a saber: Hucanech, Menceito, Acoran, Acaman. Abreu Galindo,

(3) El culto al Sol es de los más antiguos practicados por el hombre; así lo vemos entre los egipcios, caldeos, asirios, persas, judíos, fenicios, etc. Uno de los primitivos cantos del Egipto, dice: "Tú te levantarás hermosamente, oh Atón viviente, señor de la eternidad! Tú eres radiante, tú eres bello, tú eres fuerte! Grande y extenso es tu amor; tus rayos brillan para los ojos de todas las criaturas; tu rostro se ilumina para hacer vivir los corazones..." A. Moret. "El Nilo y la civilización egipcia" pág. 44. Las imágenes y la poesía de este canto, se remontan a una época muy lejana.



Santa Cruz de Tenerife

EL CULTO DE LA PIEDRA EN CANARIAS. Monolito sagrado llamado "Idafe" por los aborígenes de la Palma, y que se alza en la Caldera de Taburient. A Idate se le ofrecían las entrañas de los animales sacrificados, diciéndole el sacerdote: "¡Jaida iguan, Idate?"; Te caerás, Idate?", y la muchedumbre, respondía: "Guoquerio iguan taro". "Dadle lo que trae y no caerá". A pesar de los siglos, el magestoso monolito permanece erguido y misterioso, como símbolo y rito de una religión primitiva.

añade los de Guayaxiraxi, Chaxiraxi, y por último el nombre compuesto Atmayceguayaxiraxi y Atguaychafanataman, que quiere decir el que tiene el cielo, porque "Atamán", quiere decir, cielo.

Estos nombres tan variados y numerosos en una lengua que de ninguna manera podemos considerarla rica en expresiones, nos inclina a pensar que no señalaban a un sólo sér o divinidad, sino que servían para dar a conocer los diferentes astros de la bóveda celeste, ya que es indudable ese culto entre los aborígenes, estableciendo una relación de parentesco entre el sol, la luna y las estrellas, (4) que al abrazar el cristianismo entró en el dogma cristiano.

Por encima de ese culto a los astros, afirman los historiadores que los aborígenes adoraban un ente o principio superior, pero antes de acceder a tal aserto sospechamos que sería una concepción en unidad de la naturaleza representada por el mismo astro solar, elevándose en categoría como fuente de vida. En Tenerife se le decía, "Acaman"; en Gran Canaria, "Acoran"; en la Palma, "Abora".

No tuvieron origen distinto los dioses entre los pueblos indoeuropeos. Llamaban "Dyaus", la bóveda luminosa; de esa voz se deriva la palabra "Zeus", y de esa moción, "Deus" y "Dios", que en último caso no tiene otra significación etimológica sino "la luz, la bóveda luminosa", si bien hemos de convenir en que ni guanches ni canarios llegaron a una concepción metafísica de "Magec".

DIVINIDADES INFERNALES

En oposición a las divinidades bienhechoras y amigas del hombre, existía un genio maléfico; "Guayota", en Tenerife; "Gaviot", en Gran Canaria; "Irnene", en la Palma. Es el mismo proceso observado en las religiones de otros pueblos: la lucha de la luz con las tinieblas; porque esos genios residían en las montañas, en la tierra, dioses subterráneos a los que se daba culto de igual modo que a los poderes "chtonianos" griegos.

Ese genio del mal tenía, como hemos supuesto de "Magec" no sin

(4) Debajo de las grandes divinidades, encontramos en todas las teogonías primitivas otras secundarias, subordinadas a las primeras. En la religión egipcia hallamos ejemplos notables, y entre los caldeos existían los llamados "treinta y seis decanos" que eran otros tantos dioses, o divinidades inferiores, dependientes de los cinco planetas. "De estos dioses secundarios, la mitad habita por cima, la mitad por bajo de la tierra para vigilarla; cada diez días, uno de ellos es enviado en calidad de mensajero de la región superior a la inferior, y otro pasa de esta a aquella por un cambio invariable..." G. Masperó, Historia antigua de los pueblos de Oriente, pág. 264.

(5) Estos adivinos trataban de alejar el mal, y proporcionar el bien, ya mediante purificaciones, ya mediante sacrificios o encantamientos. Al lado de esos adivinos, aparece el hechicero que evoca los demonios con criminal intento, la hechicera, el que echa las suertes, el que hace filtros. El hechicero guanche o canario, como su colega moderno, fabricaba menjurjes, maleficiaba en imagen, desencadenaba con sus imprecaciones a los espíritus del abismo. "La imprecación obra sobre el hombre como un demonio malo... la imprecación maléfica es causa de la enfermedad..." Fr. Lenormant. "La Magia chez les Caldéens.

fundamento, un cortejo de divinidades menores. "El demonio, escribe el P. Espinosa, se les aparecía muchas veces, de noche y de día, como grandes perros lanudos, y en otras figuras llamadas "Tibisenas". En Gran-Canaria, según afirma Marín y Cubas, se llamaban esas apariciones "Cancha" y "Gucancha"; en la isla de la Palma, se les decían "sruêne".

Esas "tibisenas" eran muy temidas de nuestros aborígenes, y por eso les daban culto por medio de sus hechiceros o adivinos. Los cro-



EL CULTO DE LA PIEDRA EN CANARIAS.-El "Echeide", adorado por los guanches que suponían era habitado por una divinidad infernal, "Guayot", génio maléfico y subterráneo, como los poderes "Chthonianos" griegos, y al que daban culto como opuesto al sol, "Magec", bienhechor del hombre. Al surgir del seno del "Echeyde" la hirviente lava que desolaba los campos, era que los demonios irritados pretendían destruir al hombre. Las "tibisenas", "gucanchas", "sruênes" y otros espíritus malos, estaban al servicio de "Guayota" como divinidades secundarias.

...ristas nos han dejado los nombres de tres: "Guañameñe", en Tenerife, "Yoñe", en el Hierro, y "Aguamuge", en la Gomera. Cdeyendo que eran los espíritus de los muertos que se escapaban de sus momias ya desmenuadas, los que atormentaban a los vivos, "ponían el cuerpo tendido boca abajo hablando algunas palabras dentro de un hoyo, y así llamaban al difunto, aunque fuese de muy larga distancia..." Marín y Cubas.

Los demonios salían del infierno, llamado "Echeyde"; se introdu-

dan en todas partes y se disimulaban en todas formas para dañar a los espíritus buenos y a los hombres. Como sucedía entre los caldeos, los malos atacaban al orden general de la naturaleza y trataban de trastornarlo; otros se mezclaban a los hombres "penetran de casa en casa, se deslizan por las puertas como serpientes, arrebatan el niño de las rodillas de su madre, y hacen huir al hombre del hogar..." Moraban con preferencia en los lugares desiertos o debajo de la tierra, y no salían sino para acometer. La peste y la fiebre, el fantasma, el espectro, el vampiro, los incubos y sucubos, eran otros tantos seres pertenecientes a esa clase de "tibisenas" guanches.

Para defenderse de tantos peligros, tenía el hombre que buscar aliados entre los mismos espíritus malignos, proveerse de armas ofensivas y defensivas contra los demonios, en una palabra, recurrir a la magia. (6) Se comprende, por consiguiente, que el sacerdote o adivino fuera más hechicero que sacerdote, y es evidente que en este archipiélago tuvo gran influencia el conjuro, especialmente en la isla de Gran Canaria donde aún se conservan vestigios de esas prácticas entre los campesinos.

La persistencia de ese temor a los espíritus malignos lo confirman las siguientes palabras de la historia publicada por don Anselmo J. Benítez: "Esta debilidad, dice, la han heredado y aún acrecentado sus sucesores montaraces y agrícolas, quienes juran que en ciertos y determinados parajes se aparecen fantasmas y algo peor, a que llaman "terrores", y de los cuales no pueden hablar sin que se les ericen los cabellos." (pág. 308). A esas afirmaciones hemos de añadir las prácticas relacionadas con brujerías, reuniones demoníacas en lugares "bailaderos", maleficios y apariciones que hasta en nuestros tiempos hemos oído contar en los campos por personas ancianas.

Las ideas religiosas del hombre primitivo se asocian íntimamente si es que no beden su origen, al estado del hombre durante el sueño, y, sobre todo a los ensueños. Sueño y muerte siempre han sido miradas como cosas análogas. De igual manera considera el salvaje actual la muerte como una especie de sueño, y espera, contra toda esperanza, ver despertar a su amigo de este sueño, como tantas veces lo había visto despertar de otros. He aquí probablemente una razón de la gran importancia concedida al tratamiento del cuerpo después de la muerte; el cuerpo queda exánime, y el hombre primitivo infiere que el espíritu lo ha abandonado pero que volverá a su envoltura material

(6) El encantamiento tenía como complementos necesarios los talismanes de diversas clases: tiras de cuero arrolladas al cuerpo, fetiches de madera o de barro cocido, etc. El portador o poseedor de amuletos era inviolable aún para los dioses, porque el talismán era un "límite que no se quita, un límite que los cielos no franquean, límite del cielo y de la tierra que no cambia, que ningún dios ha desarraigado, una barrera dispuesta contra el maleficio..." Consúltese la obra de don Cipriano Arribas, "Através de Tenerife" 1900, donde el autor recogió abundantes noticias acerca de la magia en estas islas.

LOS SACRIFICIOS HUMANOS

No obstante las escasas noticias que nos quedaron de las religiones de nuestros aborígenes, es indudable ue la práctica de morir ofreciéndose a la divinidad fué una costumbre arraigada en los naturales de Gran-Canaria, a pesar de la obstinada negativa de algunos historiadores.

Quién primeramente dá cuenta de este hecho es Cadamosto, autor ya citado por nosotros, quien dice lo siguiente: "Existe entre esos bárbaros la costumbre de que, al advenimiento de sus reyes, se sacrifica uno de sus súbditos en su honor. Entonces se reúne el pueblo en un profundo valle, y después de ciertas ceremonias y conjuros mágicos, el que se ha ofrecido en holocausto, se arroja desde lo alto de una empinada roca, y se asegura que el príncipe recompensa siempre este acto de abnegación, premiando a los parientes de la víctima..."

Gómara, en la "Historia general de las Indias", capítulo 224, nos confirma el dicho del citado viajero. Pedro Mártir, (Década 3.^a, cap. 7), también nos asegura que la ignorancia de nuestros aborígenes los hacía precipitar, cantando y bailando, de un alto monte llamado "Tirma", pues tenían por religión morir así, persuadidos que sus almas eran bienaventuradas, teniendo tanta fuerza sobre los entendimientos humanos la opinión de la religión buena o mala de los mayores, que ni el precio de la vida que conocidamente se les representaba, ni otros, si los hay más físicos, los detiene ni horroriza..."

Esta práctica religiosa, pues ya hemos visto que no se contraía a la exaltación de los jefes de tribu, es negada rotundamente por el P. Sosna (7) pero sus argumentos no son decisivos, (págs. 184-185). Además, las citas están comprabadas con ejemplares tales como el de los valientes Guanheben y Caitafa, el del heroico Tajaste, y el de algunas mujeres. Todos invocaban a su dios, diciendo "Atis-tirma!" y después se lanzaban denodados al espacio, según lo ceuntan testigos españoles.

Este género de muerte, como perteneciente a un rito sagrado, lo consideraban muy honroso: la confirmación de tal extremo la tenemos cuando los canarios se decidieron a sacrificar los mallorquines que habían llegado a Gran-Canaria. Galindo, dice: "un día acordaron matarlos a todos, y así lo hicieron, y a los frailes "por el respeto que les tenían" los echaron en una sima que está en el término de Güimar, media legua de la mar, camino del Telde..." (pág. 23.) Y Castillo nos dice (pág. 152) que después de conquistada Canaria también fueron inmolados

(7) A "Haber dicho que por juego, o de desesperados se arrojaban los canarios gentiles de un risco aminentísimo y cortado que llaman "Tirma", es más que falso, porque solamente hay noticias verdaderas de algunos escritores antiguos que un caballero canario gentil, viéndose en una ocasión acosado de los cristianos sobre dicha picota... se arrojó de ella abajo. Esta parte hasta hoy día se llama "el salto del caballero", y el que escribió que era hijo del Guanarte-me de la ciudad de Telde, (se refiere a Abreu Galindo, pág. 145) no supo lo que dijo..." El autor es quien equivoca el personaje del relato de Galindo.

dos frailes, lanzándolos desde el monte del Lentiscal a la profundidad del barranco.

Tan natural parece al espíritu humano, en esta fase de su desarrollo, la idea del sacrificio del hombre a la divinidad, que se registra este hecho en todos los pueblos que están en la aurora de la civilización, indicando un vivo sentimiento religioso, si bien pervertido por una concepción errónea de los dioses.

La historia antigua registra muchos ejemplos de esta clase de sacrificios. Los cartagineses, después de la derrota de Agathocles, quemaron algunos de sus prisioneros; los asirios y fenicios ofrecían víctimas humanas a sus deidades. Los griegos, también observaron esa práctica y lo mismo hicieron los romanos hasta los tiempos de Constantino, en que desapareció. (8)

En la Europa septentrional alcanzaron tiempos más modernos. Se afirma que el Yarl de los Orkneys sacrificó a Odino, el hijo del rey de Noruega, en el año 893. En 993, Hakon sacrificó su propio hijo a los dioses. El pueblo sueco quemó a su Rey Donald, ofreciéndole en sacrificio a dios Odino, a consecuencia de un hambre terrible. En Upsala había un templo célebre donde Adan de Bremen vió colgados a la vez setenta y dos víctimas.

En Rusia, como en Escandinavia, continuaron los sacrificios humanos hasta la introducción del cristianismo. Müller estima que en Méjico las víctimas humanas inmoladas a los dioses en un año pasaban de cien mil.

B. BONNET.

Mayo de 1932.

(8) En Grecia y Roma se conservaron algunas prácticas religiosas que recuerdan los sacrificios humanos de otros tiempos. Así persistió la prueba del látigo en Esparta. En Roma, según Varrón (de Ling. lat., VII, 44) todos los años arrojaban las vestales al Tiber, veinticuatro figuras de mimbre, en sustitución de otras tantas víctimas humanas que se echaban en otro tiempo. De igual manera, las "oscilla", muñeca que se colgaban en la puerta de las casas o en los árboles de la vecindad recordaban las cabezas humanas que antes se ofrecían a Saturno. En la fiesta de las Lupercales, el sacerdote pasaba un cuchillo ensangrentado por las frentes de dos hombres.